



LA NOVELA PARAMOUNT

a. Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Núm.

38

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BAR ELONA

VENGA ALEGRÍA

Hilarante comedia, interpretada por
HAROLD LLOYD, JOBINA RALSTON,
JOHAN AASEN y WALLACE HOWE

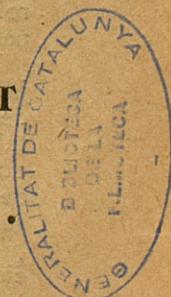
Es un film **PARAMOUNT**

distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.



IMPRENTA BADIA
Dr. Dou, 14 - Barcelona



Venga alegría

Argumento de la película

El Club Campestre de Crestshire era una sociedad aristocrática, exclusiva y cara. Era allí donde iban a matar el tiempo los ricos sin ocupación determinada. Contándose Harold Von Pelham entre estos mortales se pasaba día y noche en el Círculo.

En los últimos tiempos Harold había dejado de frecuentar con aquella asiduidad de antes el Club Campestre. Se atribuían tales ausencias a que el buen muchacho de puro no hacer nada había cogido un sin fin de enfermedades que todas podían resumirse en la dolencia de moda: la neurastenia.

—Doctor — dijo una tarde uno de los socios del Club a otro concurrente —, ¿ha visto a Harold Von Pelham por aquí?

—No, ¿por qué? — respondió el aludido —. Ese holgazán está tan bien como yo... mareando a los otros con su sa-

lud. Seguramente algún médico le ha mandado al extranjero para sacárselo de encima.

Y así era en efecto. Harold, desesperado porque creía tener palpitaciones, fué de puerta en puerta buscando un remedio a su salud. Un médico alemán acabó por darle un buen régimen. Un viajecito por mar y una estancia en una lejana isla de clima suavemente dulce, era lo que convenía para su curación.

Aquella tarde Harold fué conducido en camilla hacia el blanco paquebot. Le rodeaban su enfermera y un criado. La primera era una fiel amiga de mucho tiempo. Ponía su corazón y su alma en el trabajo; especialmente el corazón. En cuanto al criado era un tal Pippis, más fiel que el más fiel perro de la tierra.

Mientras aguardaban a que le subiesen por la pasarela al vapor, otra camilla vino a acercarse junto a la de Harold. La ocupaba un vejete magro y feo.

Los dos enfermos entablaron rápida conversación acerca de sus dolencias respectivas.

—Sí, yo tengo un gran médico — decía Harold — y me dice que a excepción de viruelas, tengo todas las enfermedades.

El anciano se echó a reir siniestramente.

—Por esto no se preocupe — respondió — yo tengo viruelas.

—¿Viruelas?... ¡Demonio! — rugió Harold.

Y levantándose como un gamo abandonó la camilla y saltó al vapor, temeroso de contagiarse con la única enfermedad que le había respetado.

La enfermera Elenita y su criado corrieron tras él y lograron aplacar su excitación formidable.

—Píldoras, déme píldoras—suplicaba Harold, con la mano puesta sobre el corazón que le palpitaba hortosamente.

La nena le dió un par de píldoras que lo graron calmar el temperamento de Harold...

El barco zarpó y poco después la amplia y libre brisa marina retornaba los colores al pálido doliente.

Estuvieron catorce días y catorce noches para llegar a la soñolienta isla del Paraíso, punto indicado por el médico.

Durante el viaje, Harold aumentó cosa de cien gramos de peso... Pero fué enamorándose cada vez con mayor insistencia de su enfermera Elenita. Continuamente le pedía píldoras, quería que ella le pusiese la mano en la frente para que se diese cuenta de que ardía, deseaba que le tomase el pulso... y todo lo hacía cariñosamente la dulce Elena... que pensaba por sus adentros que el simpático mozo la estaba tomando el pelo.

Dos veces en uno de los vaivenes del buque, Harold vino a caer en brazos de la

dulce Elena, y una de ellas hasta el joven se atrevió a darle un beso que sirvió de reconstituyente ideal.

Por fin, un día, sin incidentes dignos de mención, se llegó a la famosa y tranquila



La enfermera Elenita...

isla del Paraíso donde todos sus habitantes padecían la enfermedad del sueño y la siesta más corta duraba ocho horas.

Los súbditos de Paraíso estaban muy

adelantados, pues cumplían los tres ocho famosos: Ocho horas para dormir, ocho horas para comer y ocho horas para disputarse.

Todos tenían sueño... La gente se quedaba dormida en mitad de la calle... Se apoyaban en la pared o en los árboles, cogían una guitarra... y tocando un poco se dormían en seguida.

Los policías y soldados encargados de la vigilancia dormitaban también... Y los caballitos y borricos (éstos eran innumerables allá y algunos andaban derechos) dormían igualmente con gesto filosófico... En la isla todos habían leído a Calderón de la Barca...: La vida es sueño...

Jim Blake era un americano renegado que había sublevado a las tropas de la República del Paraíso para derribar al gobierno con miras a su propio negocio.

Así aquel día cuando Harold llegó a Paraíso las tropas andaban a la greña porque querían hacer la revolución.

Hasta entonces habían trabajado tan poco las tropas en aquel país que la polilla vivía en los máusers y ahora al disparar reventaban muchos fusiles y cañones.

El primer oficial de Blake se llamaba Hércules el Poderoso. Se bautizó él mismo, lleno de modestia.

Aquella mañana Blake leía una carta que había recibido anunciando que en breve llegaría un representante del gobierno ameri-

cano para poner orden en la isla y obligar a que cesase aquel estado de anarquismo.

—Esta carta llegó hace unos días — dijo Blake—. Ya le prepararemos un recibimiento bueno cuando se presente ese sujeto.

Y se dispusieron a recibir al emissario yanqui de la mejor manera que les fuera posible.

Aquel día, viernes y trece para su mayor desdicha, desembarcaron en la isla del Paraíso tres confiados extranjeros: Harold, su enfermera y el criado.

Harold iba en cochecito, pues sus piernas eran tan débiles que no le sostenían. Acompañado de su fiel amiguita y del criado iban paseando por las calles entonces silenciosas de la ciudad donde todo el mundo dormía.

—¡Qué calma y qué tranquilidad tan apacible! — dijo Harold, satisfecho—. Celebró infinito haber venido.

Pero de pronto resbaló el cochecito de Harold y como la calle se extendía en pendiente, el vehículo comenzó a correr y no paró hasta llegar al cuartel general donde estaban reunidos Blake y los revolucionarios de pacotilla.

Blake, a la vista de aquel sujeto desconocido que de manera tan extemporánea penetraba en la casa, le tomó por el enviado del gobierno americano y se dispuso a castigarle severamente.

Harold, que con todo su dinero era un

perfecto infeliz, descubrióse respetuosamente y preguntó:

—¿No hay nadie que quiera decirme dónde está el hotel?

Blake se echó a reír de modo siniestro, y dispuesto a acabar con la vida del que consideraba su adversario, le respondió:

—¡Ya lo creo, caballero! ¡Haré más toda-
vía! Le honraré con una escolta oficial que
le conducirá a su residencia...

Harold sonrió ante las demostraciones
cariñosas. ¡Qué buena era la gente de Pa-
raíso! Y respondió agradeciendo tales ho-
menajes.

Pero Blake había dado una orden a su
lugarteniente Hércules.

—Meta a ese perro en la cárcel y guárde-
lo allí — dijo.

Y Harold, jovial y decidido, salió a la ca-
lle en medio de un piquete de soldados del
Paraíso que le llevaban detenido y que él
creía le daban guardia de honor.

Como hacía un calor tropical, Harold, de-
cidido y cariñoso, se apoderó del amplio
sombbrero de paja de uno de los soldados,
cogió la espada de otro, y clavando ésta en
el sombrero arregló una original sombrilla
que le resguardase del ardor de los rayos
solares.

Le miraron asombrados considerando su
osadía, pero nadie se atrevió a hacer nada
contra él.

Harold, ufano y contento, caminaba cre-

yendo ir al hotel donde ya encontraría a su enfermera y al criado.

De pronto, lanzó un grito y corrió des-
esperadamente. Los soldados le contempla-
ron un momento acobardados, pero luego se
lanzaron como perros en su persecución.



—¿No hay nadie que quiera decirme dónde
está el hotel?

Harold entró en el cuartel general y vol-
vió a salir pocos momentos después.

—Oh, no es nada, señores!... ¡Me había
descuidado mi maletín!... — dijo.

Y saludando sonriente volvió tan alegre

como antes a ponerse en el centro del pelotón.

Pero durante el trayecto, Harold, tocado por su gran curiosidad, quiso ver cómo funcionaba uno de aquellos viejos fusiles que llevaban al hombro los soldados.

Apretó el gatillo y el máuser se disparó... ¡Vaya susto! Los soldados comenzaron a correr despavoridos... y gracias a que Harold volvió a llamarles y les calmó, la deserción no llegó a mayores.

Apaciguados los ánimos de los soldados, llegaron todos con Harold a la cárcel del partido.

El joven neurasténico sonrió tranquilamente al pisar los umbras de aquella casa. Como a nuestro Don Quijote se le antojaba la venta un castillo, él tomaba la cárcel por un hotel.

Y mientras, en el verdadero hotel aguardaban impacientes la linda enfermera y el criado.

**

Unos minutos antes de que Harold llegara a la cárcel, había sido conducido a ella un sujeto de dos metros de estatura, de un cuerpo formidable, y robusto como un nuevo Goliath.

Cincuenta hombres habían arrastrado al estupendo gigante.

—Por fin nuestros hombres han capturado al Coloso, el fiero ermitaño que casi destruyó nuestro ejército — dijo un oficial al jefe de la prisión.

—¡Gracias a Dios! ¿Pero cómo ha sido eso? ¿Quién tuvo la culpa?

—Si el Goliath no hubiese tenido un dolor de muelas terrible nunca lo habríamos capturado.

—Pues a encerrarlo en la cárcel... ¡y cuidado!

El gigante, vencido por un terrible dolor de muelas que hinchaba sus carrillos poblados de negra barba, no opuso resistencia a ser conducido a la prisión.

Le encerraron bajo cuatro llaves esperando el momento de fusilarle.

Momentos después el apuesto y flamante Harold llegaba ante la cárcel. Desde la galería de la prisión contemplaron su entrada muchos soldados, quienes agitaban sus sombreros contentos de ver preso al que creían enviado del gobierno americano.

Harold quitóse el sombrero de paja y saludó muy complacido... ¡Creía que eran para él las ovaciones!

Entró en el despacho del jefe de la prisión que estaba escribiendo ante su mesa, y apoderándose tranquilamente del libro que aquél tenía y que Harold creyó se trataba del registro de viajeros, estampó en él su firma. Luego se lo devolvió con un gesto de alegre amistad.

El jefe estaba asombrado. Contempló unos momentos a Harold, admirando aquel gesto de valentía... ¿Quién era aquel tío? ¡Los hay con riñones!...

El libro era un registro de condenados y decía en la página abierta:

"Prisioneros que serán fusilados mañana al amanecer: Fulano, Mengano, Sutano, Perengano, etc., etc."

Tras esos nombres Harold había puesto el suyo. ¡Admirable ejemplo de valentía! ¡Casi... casi... merecía el indulto!

De pronto, a una señal del jefe, unas docenas de hombres se echaron sobre Harold y lo metieron en la celda donde en un rincón se encontraba el terrible gigante Goliath...

Cuando se marcharon todos y Harold se vió entre las cuatro paredes húmedas del calabozo se dió cuenta de la realidad... ¡Demonio! ¡Lo habían encerrado en la cárcel!

—¡Hola, compañero! — dijo a Goliath—. ¿Qué haces aquí?

El aludido se levantó y lanzó un gemido que pareció soltado por diez leones.

Harold al ver aquella incommensurable altura, se asustó... No creyó en la estatura de su compañero, sino más bien pensó que él se habría empequeñecido, debilitado, hasta hacerse raquíntico como un liliputiense. Mas después de contemplarse bien le pareció que era el mismo de antes y que se encontraba ante un gigante de leyenda.

—¡Eh, compadre! — le dijo, riendo—.

—Hace mucho frío por aquí arriba?

—¡Ay... ay... ay! — gritó Goliath.

—¿Qué te ocurre?

—¡Las muelas... las malditas muelas!...

—¿Te duelen?...

Quedaron un instante contemplándose los dos hombres, y viendo su amarga situación, Harold no estaba dispuesto a continuar allí ni un momento más... Era preciso escapar.

—Huyamos de aquí... Temo por nuestro pellejo — dijo.

Vieron una ventana abierta entre cuatro barrotes en lo alto y Harold dijo a Goliath:

—Asómate a la ventana...

—¡Ay, ay, ay!... — contestó Goliath.

Harold se volvió repentinamente enfadado.

—Compañero... que no es hora de cantar el Ay, ay, ay, ¡estamos?

—Pero... si digo ay, ay, ay, por "mor" de las muelas, señor...

—¡Ea, sube arriba y verás!...

El gigante se encaramó... ¡Vaya fuerza!... Sus brazos arrancaron tranquilamente los cuatro barrotes dejando libre el cuadrado de la ventana.

—Voy a saltar primero — dijo Harold — y luego lo harás tú...

Harold de un salto fué a caer en un patio y desde allí rogó a Goliath que le siguiese. No quería dejar abandonado al hombre que había sido su ayuda.

El gigante saltó por la ventana, pero como pudiera contener el volumen de su boca, rompióse la pared para estupendo volumen.
—¡Este que ni abierto por una y dos...

Los hombres amordazados huyeron rápidamente de la cárcel sin que nadie se diese cuenta de su fuga.

Pero el gigante gemía horrorizado por el dolor cada vez mayor de sus muelas.

—¡Quítame esa muela y me harás el más feliz de los hombres!... ¡Te lo ruego! ¡Si no me quitas la muela... me voy a quitar la vida!

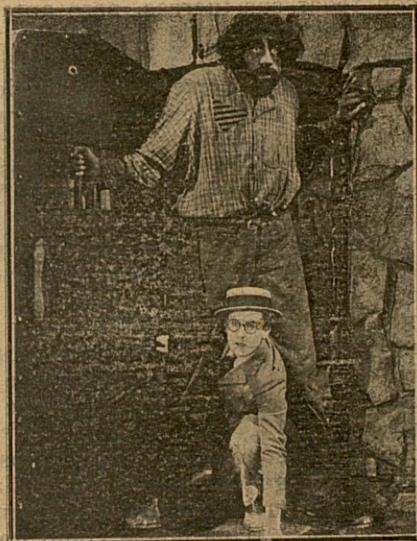
—¡No te quites nada, hombre!... ¡Aguarda!... ¡Yo haré por ti todo lo que sepa!

Se dirigieron al campo para efectuar la extracción.

Mientras tanto la revolución triunfaba en las calles. Al criado Pipp le habían dado los revolucionarios una paliza de padre y muy señor mío, y en cuanto a la enfermera había sido detenida por Blake que frotóse las manos alegremente por aquella aparición. La joven pudo, no obstante, huir, y pidió hospitalidad en una humilde fonda donde se la dieron sin trabas de ningún género.

Harold comprendió que había llegado el momento de hacer de dentista... pues el gigante lloraba como un niño con las manos sobre los carrillos amoratados.

Cogió un cordel, lo ató a la muela dolida del gigante y luego ató el oro cabo a un caballo azuzando a éste con un látigo para que adelantase.



...huyeron rápidamente de la cárcel.

La bestia emprendió rápido galope, pero rompióse el fuerte bramante y la muela quedó intacta.

—¡Esto no es una muela! — decía Ha-

old, sudando—. ¡Esto es una de las piedras de las Pirámides de Egipto!

—¡Y que lo digas!

Volvió a atar la muela y Harold encaramóse por las piernas y pecho de Goliath tirando con todas sus fuerzas, pero antes se cayó él que el formidable diente. ¡Imposible... imposible!

Después se ató la fuerte cuerda alrededor de su cuerpo y emprendió una carrera de atleta... pero la muela del juicio permaneció impasible... ¡Ni que vinieran todos los hombres del mundo se la iban a sacar! Y el pobre Goliath veía las estrellas...

Mas Harold se había empeñado en quitarle la muela del juicio aunque perdiese él el juicio... y lo que fuese...

Ató otra vez la muela, echó la cuerda sobre la copa de un árbol y tirando él por el otro cabo con toda su alma, finalmente logró se desprendiese de la encia y saliese toda enterita...

¡Mi madre! Resonó como una explosión formidable... y algo que parecía la quijada de un asno o de un león apareció suspendido por la cuerda... ¡Una muela como no se ha visto otra en el mundo!

Goliath arrodillóse ante el improvisado dentista y le besó emocionado los pies.

—¡Oh, mi protector!... ¡Oh, mi salvador!... ¡Nunca más te abandonaré!

Y con lágrimas en los ojos le demostraba su inmenso agradecimiento.

Los dos hombres, libres ya de la pesadilla de la muela... que había estado a punto de hacerles perder el juicio, continuaron su camino... Harold andaba preocupado... ¿Dónde estaba su linda enfermera?



—¡Oh, mi salvador! ¡Nunca más te abandonaré!

Además tan enormes emociones habían vuelto a poner palpitaciones en su corazón... Lo sentía de nuevo rugir como una caldera.

—¡Pues si si en esas anduvieron con su
oruga e obreña oídas agudas, alumbra que el
noisurino oír la rebeldía rebeldía
e obsequio de sdehna libera e carica
e estrella abel ha nido abuelo!

**

De pronto Harold vió llegar al criado Pippy con la ropa totalmente destrozada.

—¿Qué es eso? — le dijo Harold —. Me sorprende usted mucho. ¿No le he recomendado siempre que se presentara limpio y aseado?

—Es que hay una revuelta, señor... Una terrible revuelta... La señorita ha desaparecido... Andan las gentes a tiros por las calles.

—¡Oh, desdicha! — gimió Harold —. Dígales que paren inmediatamente. Viene aquí a descansar.

—Cualquiera se lo dice, señor. Pero, veálos, ya están aquí... Yo estaba huyendo de ellos.

Vieron llegar a unos centenares de soldados que hacían el deporte de la revolución.

Harold se dirigió con voz estentórea hacia ellos y les dijo:

—¡Muchachos! ¡No peleen más que me perjudican el corazón!

Los soldados al verle lanzaron gritos de entusiasmo. Por fin encontraban al ameri-

cano que se había fugado... Y se lanzaron contra él con tal ímpetu que el pobre Harold creyó perder la vida.

Pero... los revolucionarios no contaban con la huéspeda, o sea con el señor Goliath.

Este lanzóse como una alud, como una tromba, como un volcán, etc., contra los paradisíacos soldados. Este quiero, este no quiero, en un santiamén les entregó pasaporte para el infierno. Cogió los cañones tirándolos al aire como si fuesen de cartón...

Las tropas que pudieron salvarse de las iras del monstruo huyeron precipitadamente perseguidas por Goliath que cogía balas y las echaba como pelotas de fútbol.

Mientras tanto, Harold, muerto de sed bebió agua en una fuente y sus pies se mojaron al salir un violento chorro del caño. Temeroso de coger una pulmonía quitóse los zapatos y buscó en el campo de batalla otras botas que le fueran a medida.

Pero... aquellos soldados estaban reñidos con el zapatero remendón. Todos llevaban las suelas agujereadas y Harold se vió negro para coger un calzado decente.

La lucha entre el gigante y las tropas dispersas de Blake proseguía aún con ferocia. Aunque a Goliath se le habían agotado las municiones, no se asustó por ello y cogiendo los soldados muertos los echaba como proyectiles sobre los vivos. Después arrancó de cuajo varios árboles y con tan

poderoso armamento puso en fuga al resto de las tropas que aun osaban resistir.

Pero las tropas de Blake fueron a buscar nuevos refuerzos y volvieron a la carga.

Goliath habíase apoderado de un cañón y lo llevaba sobre la espalda. Harold hacía de artillero y disparaba a voluntad contra las huestes enemigas sembrando entre ellas el más atroz pánico.

Los enemigos, dispersos por aquel día, optaron por esperar unas horas a volver a las andadas. Pero Blake se entregaba a todos los demonios.

—Es preciso que os apoderéis de ese hombre... vivo o muerto... —rugía.

Cuando el campo quedó sembrado de cadáveres, Goliath dijo tranquilamente, como si nada hubiese pasado, a su amigo Harold, a quien se le iba curando su dolencia ante tan extraordinarias aventuras.

—Bueno, ya hemos terminado... Ahora a prepararnos para comer.

Pero Harold ya no le escuchaba y preguntaba, a los escasos habitantes que se atrevían a salir de casa:

—Dispensen... ¿han visto ustedes a mi enfermera? Debe estar muy preocupada por mi salud.

Nadie daba razón de ella. Goliath sospechó de lo que se trataba y Harold pintó un dibujo en la pared dándole luego las señas de la desaparecida.

—¡Mi enfermera... una chica... una señora...

rita... con sombrero... vestida... zapatos... morena!... ¡Búscalas, tráela, aquí! ¿Me entiendes?

El gigante sonrió:

—Yo te la traeré, señorito.



...lo llevaba sobre la espalda.

Y desapareció en el acto buscando a la mujer que interesaba a su generoso dentista.

Harold unos momentos después descubrió a la muchacha que se había empleado, como camarera en la fonda y vestía el traje típico del país.

—Estoy asombrado — gritó—. ¿Usted vestida así cuando solamente debería preocuparse de mi salud?

—¡Oh! Harold... ¿Qué quiere usted? Ha sido el único modo de salvarme...

—Pues deme inmediatamente unas píldoras que vuelvo a sentirme mal.

Ella le dió una píldora contra los nervios, diciendo al mismo tiempo:

—¡Píldoras, píldoras y píldoras!... ¡Ya estoy hasta la coronilla de tantas píldoras! Creo que lo que usted tiene es una neurastenia aguda.

—¡Ah, desgraciada... no hable así!... ¡Si supiera lo enfermo que tengo el corazón!

Entraron los dos en la taberna... No tardó en aparecer Blake, quien al ver a Harold sonrió de modo terrible y como para desafiarle dió un largo beso a la enfermera.

—Ah, diablo! Harold se lanzó contra su enemigo, luchó con él terriblemente y en el transcurso del combate, cayeron unos platos sobre la cabeza de Blake que desplomóse en tierra.

Harold se levantó y creyendo que había sido su puño el que dejara sin sentido al caíque salió de allí, orgulloso y acompañado de Elenita.

Pero volvía a palpitarse el corazón, era como una liebre que corriese perseguida.

Elena volvió a darle unas píldoras, lo que

para el cuento de Harold su amado
pareció calmar ligeramente al héroe a la fuerza.

De pronto vieron llegar a Goliath que llevaba a cuestas a unas veinte mujeres que había ido raptando durante una "razzia" por si alguna de ellas era la que interesaba a Harold.

Harold sonrió, ordenando libertase a las damas. El gigante quitóse de encima tanto peso y explicó a sus esclavas:

—No se preocupen, ya hemos encontrado lo que buscábamos. Las señoras pueden retirarse.

La enfermera, entretanto, daba las gracias a Harold por su generosa protección.

—Señor Harold, no sé cómo demostrarle mi agradecimiento.

—No comprendo lo que me ha pasado — decía Harold —, pero me han entrado unas ganas enormes de luchar en cuanto la he visto.

—Pues señal de que va usted fortaleciéndose...

—Ahora que pienso en ello, creo que ha sido la idea de protegerla lo que me ha gustado — dijo Harold.

Pareció querer besar a la muchacha, pero ésta, esquivando graciosamente el encuentro, respondió:

—Es hora de tomar la píldora, señor Harold.

Este, obediente volvió a entrar en la casa... Pero Blake vigilaba. Apenas vuelto en sí, su primer deseo fué el de raptar nuevamente a la enfermera.

Aprovechándose de unos momentos de distracción de Goliath y de Elena, se lanzó



—Es hora de tomar la píldora...

sobre ésta y amordazándola subió a un balcón llevándose a tan noble presa en sus brazos.

El gigante lanzó un grito terrible. Apare-

ció Harold, quien al ver a su amor en brazos del otro, gritó:

—¡A ella Goliath, sálvala!

El gigante no se hizo repetir la orden por dos veces. Lanzóse contra el balcón y con sus puños formidables lo arrancó de cuajo del resto del edificio. Cogió a Elena y marchó con ella derribando antes de un puñetazo al cabecilla.

Harold se reunió con ellos y huyó con su enfermera mientras Goliath quería detener el avance de los enemigos.

Blake y otros soldados se dirigieron contra Harold y la enfermera, quienes se defendían junto a un muro.

Mal la hubiese pasado la pareja si no llegara en su auxilio el fornido Goliath, quien a puñetazos fué derribando a todos los adversarios, sin que Harold colocado bajo el muro se diese cuenta de la intervención de su amigo, y atribuyendo a su propio esfuerzo tan maravillosos resultados.

—Hemos vencido — dijo Harold — y yo estoy viendo que ya me encuentro mejor. Creo del caso que marchemos cuanto antes de aquí.

—¡Sí, sí — dijo Elenita —, huyamos de esta isla maldita!...

—Yo quiero seguirles — dijo el gigante —. Yo seguiré al señorito Harold aunque se meta en el infierno.

Vieron de repente como si el horizonte se obscureciera. Blake había movilizado todos los hombres útiles de la población e iba a lanzarlos en batalla definitiva contra Harold y el gigante.

—¡Se juegan la última carta! — dijo Harold —. ¡Es preciso demostrarles que somos los ases!

Estaban tras un recio muro. Pero Harold era un muchacho de inventiva.

— Debemos hacerles creer que también nosotros tenemos un ejército formidable — dijo.

— Ea, pues, manos a la obra... — agregó Goliath.

La enfermera estaba asombrada por la alegría que demostraba Harold, quien de vez en cuando para animarse más seguía tomando las píldoras contra las excesivas palpitations del corazón.

Empezaron su comedia. Cogieron una larga verja de hierro que estaba en tierra y se hallaba erizada de púas como bayonetas y comenzaron a pasearla sobre el muro, produciendo a los enemigos la ilusión de que eran machetes de un numeroso ejército.

Pasaron la verja quince o veinte veces siempre en la misma dirección como si perteneciese a sucesivas filas de soldados.

Blake ante aquel alarde de fuerzas se

sorprendió... ¡Demonio! ¡Estaban mejor armados de lo que parecía!

— ¡A ellos y sin temor! — gritó Blake a sus hombres.

Y comenzaron un fuego horroroso contra el muro que defendían el gigante y los dos jóvenes.

No se amilanaron los héroes por las descargas...

Goliath cogió el tubo vacío de una chimenea y lo aplicó sobre la pared. De lejos producía el mismo efecto que si fuese la boca de un cañón... Y aunque no tenían balas, ellos se las ingenian para demostrar lo contrario.

Goliath fumaba un caliqueño que le había mandado un amigo de España y echaba el humo por la boca de la chimenea, saliendo en tal cantidad y tan espeso que causaba el efecto de una descarga.

Al mismo tiempo con un tambor pegaban golpes como si retumbase el cañón.

Y así sostuvieron durante tres largas horas aquella resistencia brava y magnífica.

Y Blake y los suyos comprendiendo la imposibilidad de vencer a sus enemigos, optaron por marcharse.

La victoria la ganaron los tres bravos... Y la enfermera impuso a Harold su medalla más preciada, la que ella más quería:

un beso de amor... ¡Se lo merecía por su heroísmo!

Harold estaba radiante de dicha...

—No quiero tomar más píldoras en toda la vida — dijo —. Prefiero los besos...

Y volvió a besar a la bella muchacha mientras Goliath sonreía infantilmente.

Por suerte aquella noche vieron pasar un barco por la isla y corrieron al muelle.

Una hora después estaban todos instalados a cubierta viendo alejarse la isla del Paraíso que había sido para ellos el infierno más atroz...

Goliath reía, contento de ir siempre con su señorito... Y las pasajeras del barco tuvieron tema para conversar y reir con el gigantón.

**

Llegado a Nueva York, Harold lleno de salud y de vida, se dispuso a ocuparse en algo serio. Pero nada de Círculo ni de gandulerías... sino a realizar algo de provecho.

Con la condición de que debía ser un

hombre útil, la antigua enfermera Elenita prometió casarse con él.

— Un día de primavera se casaron... Goliath fué el padrino de Harold...

— Vivieron una dulce luna de miel y volvieron después a Nueva York a esperar ciertos acontecimientos que habían comenzado a vislumbrarse.

Los meses fueron pasando hasta transcurrir casi un año... Harold comenzaba a experimentar sobre sí el sentido de la responsabilidad.

Un día mientras se hallaba en su despacho trabajando, llamaron al teléfono y un médico comunicó a Harold:

— ¡Es un niño, señor!...

Harold dió un grito de júbilo... ¡Era padre... padre! Lanzó al aire los papeles, saltó sobre mesas y bancos, y corrió desesperadamente a conocer al nuevo vástagos que perpetuaba su apellido.

Iba corriendo como un gamo por las calles. Alguien le vió de pronto. Era Goliath que se había convertido en un magnífico policía de los de la porra, encargado de la circulación.

— ¿Qué novedades hay, señorito?

— ¡Un niño! Un niño, Goliath.

— ¡Magnífico! ¡Olé su madre! — dijo el guardia poniéndose a bailar.

Y ordenó que se detuviese todo el tránsito rodado para que Harold pudiese llegar rápidamente a su casa. Ya allí, el joven tuvo la dicha de sostener por primera vez el cuerpo delicado del niño... que era hijo suyo.

Luego se acercó a Elena.

—¡Mi Elenita... mi vida! —murmuró. Ella sonrió y su mano estrechó con emoción la del que era padre de su hijo.

FIN

Próximo número:

La finísima comedia

SUSANA, LA DETECTIVE

Por BEBÉ DANIELS y ROD LA ROCQUE

En breve, en las

SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EL CAPITAN SORRELL

RETENGA LISTED ESTE TÍTULO

Uno de los asuntos más humanos presentados en la pantalla Un canto al amor de padre.

Preste atención al cuadro de artistas que interpretan esta joya de LOS ARTISTAS ASOCIADOS

H. B. Warner, Alice Joyce, Nils Asther,
Anna Q. Nilsson, Carmel Myers, etc.

¡Un éxito más para
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

que sólo publica en sus Ediciones Especiales

LO MEJOR!

Gran éxito del tomo 12 de la Biblioteca
Nuestro Corazón, con la novela cubana

Maria - Luisa

por

MANUEL REINLEIN SOTOMAYOR

Episodio de Amor y de Guerra

que acaba de aparecer.

CHANG

es la mejor novela de aventuras

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID

[B.]